



CUARTA ÉPOCA.

Gruta de las Aguilas, 15 de Abril de 1794.

Esta mañana he encontrado en el hueco de la roca el pan que el anciano pastor viene á esconder en él todos los meses, ¡piadosa providencia de ese hombre de bien! Tambien he hallado dos líneas en que me decia: «Sed más prudente que nunca: ¡desdichado del que baja á nuestras ciudades! ¡El cadalso de los mártires está siempre sediento de sangre!»

¡Romped, romped, Señor, esas espadas coléricas:

abreviad en obsequio de los justos de la tierra esos dias de desesperacion y de convulsiones, en que nuestro nombre se eclipsa á los ojos de los pueblos! ¡Ojalá descienda á ellos en breve el ángel de paz! Yo, por mi parte, Señor, sólo tengo gracias que tributaros, y si este tiempo no fuese una era de maldades, diria: «¡Ojalá no tengan término estos dias!»

En la Gruta, 6 de Mayo de 1794.

Hay dias amenos y bonancibles cual no otros, que son como las flores precoces de la vida, azules, matizados de esplendentes colores, empapados de rocío y llenos de olores fragantes, dias que asoman tras una noche tempestuosa, que se saborean un instante, que se respiran una aurora, y que, despues de embriagarnos con ellos como con el aroma de las flores, hacen que nos preguntemos: «¿Los he respirado yo? ¿tanto perfume hay en esos estrechos cálices? ¿tantas delicias en doce momentos tan cortos?»

El de hoy ha sido para nosotros uno de esos dias escogidos: despiertos á los rayos del más risueño de los meses, al himno ensordecedor de la vivaz alondra, cuya voz de poeta no sabe prorumpir sino en gritos de júbilo, y al murmullo de las rizadas aguas del lago, nos hemos levantado con el corazon ya henchido, no pudiendo contener el impaciente afan que

nos incita á presenciar las sonrisas de la naturaleza, y hemos estado todo el dia por esos montes espiando paso á paso la llegada de la noche.

La nieve, que se derretia al contacto de los sonrosados rayos, antes de ir á blanquear las pendientes que riega, destilaba de las rocas y del ramaje de los bosques, como la estalactita del borde helado de los techos; y cada gota al caer volvia á subir á modo de polvo sobre la yerba, por la cual rodaba en lucientes esferillas. Todos estos prismas, heridos por los rayos del sol, llenaban los ojos de deslumbradores destellos, semejantes á mil enjambres de zumbadoras abejas que difundieran la luz con sus alas errantes y sus coseletes de fuego, azules y rojizos, susurrando en torno de un rayo de sol. Reunidas luego esas gotitas en mil hilos de agua, iban á buscar su lecho en el hueco de los valles, corrian al azar por las pendientes de sus laderas, desplegaban sus sábanas ó sus largas cintas blancas, gorjeaban en compacta muchedumbre con sus mil leves voces, como bandadas de avecillas ocultas entre los helechos, y encorvaban la yerba y las flores, como un céfiro suave, dejando al pasar copos de espuma, que la brisa venia luego á enjugar, del propio modo que arrebatava una pluma al ave que está mudando.

El aire tibio y lleno de balsámicas emanaciones parecia caer con los celestes rayos, impregnado todavía de sávia y de alma nuevas, como el aire virgi-

nal que vino á derretir los ríos del globo sepultado en su primer invierno, cuando la vida y el amor se respiraban en el aire; exhalaba suspiros, traía consigo nubes de aromas, de perfumes, de languideces desconocidas; acariciaba la tierra con tales halagos, estrechaba á los montes con tal enajenamiento, sacudía la nieve y los troncos y las copas con movimientos y rumores tan sublimes, que parecía oírse palabras de amor y besos entre los elementos, y el agua, la tierra, el cielo y el éter responderse en los apasionados arrebatos que parecían confundirlos!

Todo cuanto el aire tocaba se despertaba para verdecer; la hoja matinal parecía crecer á la vista; y como si el estío se hubiera reducido para él á una aurora, lo aceleraba todo con su hálito, hacía que las plantas se apresurasen á germinar, y las yerbas, las flores, los bejucos de los bosques se extendían á modo de alfombras, se redondeaban como bóvedas, se entrelazaban á los troncos, se suspendían de las rocas y salían de la tierra en racimos, en encajes, en campanillas; interceptaban nuestros senderos con sus redes de flores y deslumbraban nuestros ojos con oleadas de colores! La sávia, rebosando fuerza y abundancia, manaba cual goma de oro de las grietas de la corteza, pèndia del ramaje formando pámpanos extraños, redes de follaje y tejidos sutiles, donde se les enredaban las alas á los mirlos silbadores, á los grajos, á las tórtolas, al huir entre las hojas;

entònces todas aquellas redes, anudadas por sus extremos de árbol en árbol, temblaban á las sacudidas de las aves y derramaban una lluvia de plumas y de flores al pié del tronco que les servía de sustento.

Todas esas cúpulas de los bosques, que se estrechaban á impulso de los vientos, ondulaban como un lago de verdes y movedizas ondas; y en ellas flotaban nidos de avecillas; mecidos al balanceo de las plantas trepadoras, y llenos de huevos moteados y diáfanos, frágil y dulce tesoro de las madres que huían, como se mece en la red la perla húmeda todavía!

Siempre que nuestros ojos, penetrando en esas sombras, iluminaban los oscuros doseles del tenebroso ramaje, descubrían misterios de amor y de fecundidad bajo esos lechos de hojas en los que duerme el verano. Siempre que nuestros piés acertaban á pisar la verdura, las yerbas nos llegaban hasta la cintura, difundiendo sobre nosotros oleadas de aire perfumado: de nuestras piernas parecían brotar nubes aladas, insectos, mariposas, enjambres flotantes de moscas, que parecían formar las capas de un éter viviente; subían en columna, cual ondulante torbellino, llenaban el aire, nos ocultaban uno á otro un momento como oleada de polvo levantado en un camino, se arremolinaban, y por fin, esos polvillos vivientes iban á caer más léjos, en el agua, en los prados, en el heno, pareciendo cada uno, enajenado de existencia, agotar la felicidad en su gota de vida, y el aire que

animaban con sus estremecimientos trasformábase en melodía y en alegres zumbidos.

¡Oh! ¡quién no habría participado de la embriaguez universal que el aire, el día, el insecto conducían en sus alas! ¡Oh! ¡Quién no habría aspirado ese aliento de los aires que entibiaba la nieve y derretía los inviernos! ¡La sávia de nuestros sentidos, como la de los árboles, habría fecundado troncos, animado mármoles, y la vida, palpitando con fuerza en nuestros senos, parecía afanosa de brotar y desbordarse de ellos!

Corríamos: cruzábamos las hendiduras de las grandes peñas, nos echábamos á rodar por las yerbas de las cuestas; nos columpiábamos en dos ramas enlazadas de un abedul, mientras nuestra cierva, sorprendida, saltaba á nuestros piés; prorumpíamos en fuertes gritos para agitar las bóvedas de los árboles, de los cuales se desprendía la sávia en gruesas gotas; nos extraviábamos adrede para tener el gusto de volver á encontrarnos; pasábamos algunos ratos silenciosos, forjándonos ilusiones, y luego, como si un mismo resorte diera impulso á nuestra imaginación, echábamos á correr brusca y simultáneamente hacía otro punto, y corríamos por correr y para ver quién de ambos era más ágil.

En toda la montaña celebraba la naturaleza la misma fiesta; las nubes de estío que pasaban sobre su cumbre no eran otra cosa sino un cálido plumon, que

los rayos del sol arrancaban del glaciar, cardándolo á modo de blancos vellones. Las desmesuradas sombras que proyectaban los troncos sobre la verdura se destacaban cual húmedo bordado sobre la yerba en algún angosto valle, cuna ya durmiente, difundiendo en él más misterio y recogimiento; y cada hora del día, viniendo en su magnificencia acompañada de su color, de su ruido ó de su silencio peculiares, agregaba un acorde á la gran armonía, á nuestra vista un nuevo espectáculo y á nuestros sentidos un enajenamiento. Finalmente, como si ya no pudiéramos con tan íntimas emociones, nos sentamos uno junto á otro en una baja loma que, cual un promontorio de flores, se introducía en el lago, más profundo allí que en cualquier otra parte, y cuya superficie, oscurecida por la sombra, ceñía con un azulado abismo aquella eminencia. Desde allí abarcaba la vista todo aquel hermoso horizonte; un musgo amarillento hacia las veces de césped, y la sombra errante y ligera de los verdes avellanos, luchando con los rayos solares, flotaba en el suelo.

Tan henchidos estaban nuestros corazones que habíamos enmudecido; nos entreteníamos en deshojar sobre el agua algunas ramas; no sé qué atractivo tenía para nuestros ojos aquel trasparente líquido, que nos obligaba á observar y seguir con la vista cada arruga de la superficie, á reflexionar, á suspirar, á ensimismarnos sin pronunciar una palabra, y á

perder y á encontrar nuestra alma en cada oleada.

Ninguno de los dos se atrevía á ser el primero en romper el silencio; mas, fijando por casualidad mi mirada en Laurencio, ví que tenia el rostro encendido, que sus lábios temblaban y que de sus pestañas se desprendían dos gruesas lágrimas parecidas á esas húmedas gotas de rocío que un rayo purísimo colora y que una tibia brisa enjuga.

—¿Qué tienes, Laurencio? ¿Tambien te abrumba, como á mí, algun peso secreto?

—¡Oh! exclamó; siento que mi corazon está próximo á estallar; mi alma busca en vano palabras para expresar sus sensaciones; quisiera crear una lengua de fuego para prorumpir en exclamaciones de júbilo y de ventura dignas de la naturaleza y de Dios.

—Explícame, amigo mio, le dije, en virtud de qué influencia pensaba mi alma en el mismo instante lo propio que tú piensas. A los dulcísimos rayos de este día, sentia en mi corazon arrebatos de deseos, abrazos de amor capaces de estrechar con ellos á Dios, al tiempo y al espacio, mas para expresarlos, mi lengua era de hielo. Sin embargo, la naturaleza es un himno incompleto, y Dios no recibe en ella el homenaje que más le place, cuando el hombre á quien creó para ver en ella su imágen, no eleva hasta El la voz de su obra; la naturaleza es la escena, nuestra alma la voz; procuremos, pues, amigo mio, como el ave de los bosques, como el viento en



—¡OH TIERRA, BEBE MIS LÁGRIMAS,....

el árbol ó las ondas en la playa, depositar á sus piés el peso que nos abrumba, gorgear nuestro himno á la naturaleza, á Dios: convirtámonos, por virtud del amor, en sacerdotes de este hermoso lugar! En estas ardientes cumbres su sol le proclama; proclamémosle tambien nosotros en ellas y dediquémosle el cántico de nuestra alma! La soledad será la única que oiga nuestros acentos: escucha los latidos de tu corazón, y dí lo que sientes.

LAURENCIO.

¿De dónde venís, oh brisas nuevas, llenas de vida y de suavísimos perfumes, que al sólo viento de vuestras alas haceis brotar, cual chispas, hojas y flores de estos montes palpitantes como nosotros? ¿Dónde impregnais de gratos aromas vuestras áureas alas?

¿Acaso hay montes, valles y llanuras, donde os bañais en esos perfumes flotantes, donde todo mes es una nueva primavera, donde todo viento tiene ese tibio hálito, donde las flores están siempre llenas de néctar y los corazones siempre palpitantes de éxtasis?

¡Ah! Si así es, dulces soplos de la aurora, llevadnos á donde todas las almas son hermanas. Así rogaremos mejor al Dios á quien adoran los astros, porque el alma tambien ansía el cielo para abrirse, y la oracion es el perfume de los corazones.

Yo.

¿Ves allá arriba en el valle, por donde el día se desliza paso á paso, donde la nieve amontonada á modo de alfombra, se aja, humea y no se derrite; ves el arco íris en su lecho, estremeciéndose al contacto del rayo, como dormida serpiente que en su mil pintadas escamas refleja á la vista las triples tintas del agua, el aire y el sol?

Es el nido en que esa serpiente del cielo viene á mudar en la montaña. ¡Mira cómo se agitan sus escamas á medida que avanza el día! ¡Mira cómo enlaza, concentra y ostenta, en cambiante espiral, sus anillos azules y anaranjados! ¡Repara cuál levanta erguido su cuello como una espada al acercarse la bruma y le vibra su dardo de fuego!

Sube aspirado por la aurora: ¡oh! ¡cómo se va desprendiendo insensiblemente cada anillo adormecido del glaciár que se decolora! ¡Ya se desenrosca, se cierne, traza desde el monte al cielo su vasta curva, y su cabeza corresponde con sus piés! ¡Oh Dios! ¡Qué arcada de mundo á mundo! ¡Qué Océano podría cegar con sus ondas ese celeste puente?

¡Oh tú! que permites á nuestros ojos contemplar esas extrañas maravillas, ¿es ese un puente para que pasen tus ángeles? ¿Es un puente para ir á los cielos? ¡Si me fuera dable, oh Laurencio, subir á donde ese arco comienza, trepar por esas esplendentes gradas! ¡Y para que un ángel me sostenga en ellas, con la

vista fija en el cielo, y mi mano en la tuya, pasar sobre la muerte y sobre el tiempo!

LAURENCIO.

¿Ves en su nido á la callada hembra del ruiseñor que está incubando sus huevos, cómo el amor la induce á ahuecar sus alas para que el frío no los perjudique?

Su cuello, un tanto erguido por su continuo recelo, es lo único que sobresale del hoyo donde duerme su fruto, y sus hermosos ojos, apagados de cansancio y cerrados por el sueño, vuelven á abrirse al menor ruido.

El cuidado de sus hijuelos la consume, su blando plumon se ha estremecido al oír mi voz; vése cómo palpita su corazón bajo su plumaje, y el nido tiembla á su adormecido aliento.

¿Qué fuerza la encadena á tan dulce cuidado? ¡Ah! ¡Es que resuena en el bosque el canto del macho, que, posado en la copa de un roble, lanza á chorros las oleadas de su voz!

¡Oh! ¿Oyes cómo destilan gota á gota sus lentos suspiros despues de sus vivos arrebatos, para volver en seguida á atronar la bóveda del árbol con las espumosas cascadas de sus penetrantes gorjeos?

¡Tambien en sus acentos palpita un corazón! ¡El alma se mezcla en ellos con la embriaguez de los sentidos, y lanza al cielo el himno de presuroso

compás, ó humedece sus acentos con una lágrima!

Y á él, ¿qué es lo que le tiene adherido á esa rama? ¿Quién le obliga á consumirse de languidez? ¿Es que su voz vibra en lo que ama, y que su canto va á parar á un corazón!

Su hembra, embelesada al escuchar sus acentos, vela atenta olvidando las horas; la estación huye, el huevo se abre, y toda su vida no es más que primavera, música, y amor!

¡Dios de bondad! ¡Cuán bella es esta vida! ¡Ah! ¡Hoy siento en mi seno bastante amor para reposar como ella, y suficientes arrobamientos para cantar como él!

Yo.

¿Ves deslizarse entre dos hojas ese rayo que cae sobre el musgo por donde todavía se arrastra la sombra, y que hiriendo oblicuamente la yerba que tú coges, se apoya en ella por un extremo como una gran palanca de oro? El estambre de las flores que agita la luz, sube por él girando cual esfera de polvo; el aire es visible en él, y en ese mismo rayo se ven millares de chispas arremolinadas en raudos torbellinos.

¡Cuán cadenciosamente gravitan, enlazando y deshaciendo sus bandadas armoniosas! Parece que se contempla la danza de los mundos de Platon al sonido de músicas celestiales! La vista deslumbrada

no acierta á discernir su innumerable muchedumbre; necesitaríase todo un mundo de ellos para componer un grano de arena; tan sólo la mirada infinita podría contarlos; y todavía cada partícula se subdivide en otras mil impalpables partículas. ¡Ah! Ahí está la resplandeciente escala que el infinito ve subir desde el átomo hasta Dios.

¡Y sin embargo, cada átomo es un sér! ¡Cada glóbulo de aire un mundo habitado! ¡Cada mundo, para quien el fugaz relámpago es una eternidad, rige tal vez otros mundos! En su destello de tiempo, en su gota de espacio, tienen sus días, sus noches, sus destinos y su puesto prefijado. El pensamiento y la vida circulan por ellos á oleadas, y mientras nuestros ojos se pierden en esos éxtasis, millares de mundos han efectuado sus fases en el brevísimo intervalo que media entre el pensamiento y la pa'abra!

¡Oh Dios! ¡Cuán inmenso es el manantial del que brota tanta vida, al que vuelven tantos muertos! ¡Cuán penetrante la vista que llega á semejante distancia! ¡Cuán infinita la mirada que vela por tantos destinos! ¡Cuánto amor hay en tu seno para abrazar esos mundos, para incubar desde tan léjos esos fecundos polvillos, para descender tan potente desde los soles al diminuto arador! ¿Cómo soportar el resplandor de que te circundas, cómo contemplarte á la luz de tus estrellas, ¡oh Dios mio! si te manifiestas tan grande en un solo rayo?

LAURENCIO.

¡Oh! ¡Llegue á nosotros su mirada como llega ese rayo, ya que Él se digna descender desde tan alto á estas profundidades!

Yo.

¡Ah! ¡Escuche su oído el humilde balbuceo de dos corazones emanado de mi boca, escúchelo Él, que en el seno de sus esplendores, oye el ténue aleteo de la mosca anegada en el cáliz de las flores!

LAURENCIO.

¡Consérvenos en este lugar para que podamos saborear juntos los tesoros que su mano reúne en el desierto!

Yo.

¡Y como dos ruiseñores salidos á luz en el mismo nido, enseñémonos mutuamente á modular estos himnos; seamos para Él los postreros ecos de la voz de la tierra que espira en estas cumbres!

LAURENCIO.

¡Que salga para Él un solo aliento de dos pechos: que nos depare un solo destino, y disponga de ambos al mismo tiempo!

Yo.

¡Y perfumemos sus manos divinas, como dos azucenas nacidas de un mismo tallo que vienen á formar una sola, que tienen las mismas raíces en la roca, y que se cogen á la vez en la misma colina, impregnadas de idéntico aroma!

¡Las lágrimas ahogaban nuestra voz: yo contemplaba á Laurencio, y nuestros espíritus se absorbieron largo tiempo en silenciosa plegaria!...

25 de Julio de 1794.

Cuando niño pasé en algunas ocasiones días enteros en el jardín, en los prados, en los verdes senderos abiertos en las lomas por los bueyes de la aldea y llenos de ojia cantos y morales silvestres, llevando mi perro al lado, un libro en la mano, deteniéndome sin estar cansado, y andando al azar, ora leyendo, ora descortezando alguna rama, ó siguiendo con distraída mirada al insecto que revolotea, al agua que se desliza á la luz del sol cual raudal de diminutos diamantes, ó prestando oído á cualquier zumbido ó murmullo.

Luégo, escogiendo un abrigo guarecido por algun seto, cual liebre agazapada á la que ha asustado un ladrido, ó tendido en el prado cuyas gramíneas